

Láin Díez

La Primera
Internacional
y nosotros

1864 - 1964

LAIN DIEZ
LA
PRIMERA INTERNACIONAL
Y NOSOTROS
1864-1964

Conferencia pronunciada en el
SINDICATO DE MARINEROS AUXILIARES
DE BAHÍA DE VALPARAÍSO
el 28 de septiembre de 1964

I

FUNDACION

1. La formación del proletariado industrial	3
2. La primera manifestación pública de solidaridad internacional: el mitin de St. James's Hall	5
3. Se declara fundada la Asociación Internacional de los Trabajadores en el mitin de St. Martin's Hall el 28 de septiembre de 1864	6
4. El Manifiesto y los Estatutos de la Internacional	7
5. Tendencias en el seno de la Internacional	9

II

PRESENCIA EN EL CAMPO EUROPEO, LUCHAS INTERNAS Y FIN

1. Los congresos de Ginebra, Lausanne, Bruselas y Basilea	11
2. La guerra franco-prusiana, la Comuna de París y la Conferencia de Londres	24
3. El Congreso de La Haya, el traslado de la sede a Nueva York y muerte de la Internacional	26

III

EPILOGO

1. Marx y Bakunin: dos principios	26
2. Consideraciones finales	32

Editorial Universitaria, S. A., San Francisco 454, Santiago,
Chile

Proyectó la edición Mauricio Amster

1.

CON EL advenimiento de la fase industrial del capitalismo, y a medida que se introducían máquinas capaces de aumentar el rendimiento del trabajo humano, la producción se aceleró notablemente y permitió se levantaran grandes fábricas y talleres. En ellos, centenares de hombres se afanaban al servicio de tales nuevas muestras del ingenio inventivo mecánico. Al mismo tiempo, dada la mayor productividad resultante del empleo de máquinas cada vez más perfectas, los empresarios capitalistas podían reducir la mano de obra sin reducir paralelamente la producción. Se originó así una cesantía parcial, el primer caso de lo que se ha dado en llamar después »cesantía técnica«.

El conjunto de los desocupados por esta causa constituía un verdadero ejército de reserva. Este recibió también aportes de los campesinos que se desplazaban desde las zonas rurales más pobres o de bajos salarios a las aglomeraciones urbanas y suburbanas en que surgían las fábricas modernas. En ellas esperaban encontrar mejores condiciones de trabajo que allá en su terruño natal y una vida más rica por los espectáculos y diversiones que una ciudad puede ofrecer a la juventud hastiada del tedio lugareño.

Esta emigración del campo a la ciudad no siempre fue voluntaria. En Inglaterra y a partir del siglo XVI se dictaron leyes que pusieron a disposición de los terratenientes la mayor parte de las tierras de uso común. Estas fueron cercadas para impedir el acceso a ellas de los campesinos y de la gente pobre, deseosos de ocuparlas o que las ocupaban anteriormente con el fin de arrancarles un débil sustento. De ahí el nombre de »leyes de cercos o cierros« (enclosure acts) de dichas disposiciones. Con estas medidas legales el régimen de la propiedad privada se generalizó a expensas de la propiedad comunal¹. Dos fueron las consecuencias ulteriores de semejante transición. De una diversificación

¹Según *Muacaulay*, el área cercada en virtud de las leyes de cierros en un lapso de poco más de un siglo equivale a la cuarta parte de la superficie de Inglaterra. (*The History of England since the Accession of James the Second*, vol. 1, p. 153, Longmans, Green & Co., Londres, 1889).

de los cultivos, beneficiosa en un comienzo y que hizo de Inglaterra un vergel, se pasó luego a una economía agropecuaria, principalmente de multiplicación del ganado lanar para abastecer de materia prima los telares, cuyo número iba en continuo aumento. De otra parte, los pobres excluidos de la tierra por las leyes de cercos o por efecto de la extensión del monocultivo para el sustento de aquel creciente ganado, no tenían más remedio que transmigrar a las ciudades en busca de trabajo, y lo encontraban precisamente en las hilanderías y fábricas de tejidos, como también en las industrias mecánicas auxiliares, surgidas al amparo de la expropiación «legal» que debía crear las condiciones económicas y ambientales de una producción abundante de su materia prima. Vemos cómo un hecho político de fuerza dio un impulso decisivo al desarrollo de una rama importante de la producción capitalista moderna. En este aspecto por lo menos Dühring tenía razón contra Engels.

Pero no todos los desposeídos o excluidos encontraban cabida en las nuevas industrias fabriles y no les quedaba otro recurso que la mendicidad y el ingreso al ejército de reserva de mano de obra del capitalismo. Los efectivos de tal ejército, cualquiera que fuera su origen, estaban siempre al alcance de los patrones, a los cuales prestaban un doble servicio: por un lado constituían una fuerza de trabajo disponible en cualquier momento para el desarrollo incontenible del proceso de producción; por otro lado, creaban una presión constante sobre la oferta de brazos, siempre superior a la demanda, cuyo efecto era deprimir los salarios hasta el mínimo vital. Esta depresión se agravaba y perpetuaba con la propia competencia entre los desocupados por conseguir acceso al trabajo.

Un paliativo a esta situación desesperada pudo haber sido la unión de los explotados para impedir una competencia desleal entre ellos. Pero los Estados providentes, coludidos con el moderno capitalismo, habían derogado todos los fueros corporativos del antiguo régimen y, con sus leyes contra las «coaliciones» que coartaban la llamada «libertad de trabajo», impedían la formación de asociaciones de los asalariados con fines de solidaridad y de resistencia contra la opresión patronal. Los intentos de coligarse para conseguir mejores salarios, jornadas de

trabajo más cortas y, en general, condiciones menos duras de vida en las faenas, eran brutalmente reprimidos.

2.

TAL ES el triste cuadro que nos ofrece la sociedad de las naciones industriales en los albores del siglo XIX. Está dominada por profundos antagonismos; pero el antagonismo fundamental es el que divide a los capitalistas de los »proletarios«. Los primeros disponen directa o indirectamente de toda la propiedad social, tierras, fábricas, minas, medios de transportes, finanzas y crédito; los segundos no poseen sino sus brazos, su fuerza de trabajo. Su situación de inferioridad económica y social, el trato bárbaro de que han sido víctimas en aras del enriquecimiento desmedido de unos pocos, las represiones violentas de sus esfuerzos por incorporarse dignamente a una sociedad de seres humanos han sido tema preferido de todos los estudiosos del desarrollo capitalista. Recordemos únicamente a Marx, en el primer tomo de cuyo *Capital* (1867) se utilizan con acierto los informes de los inspectores de fábricas en Inglaterra, los famosos »blue books«; su lectura basta para que nuestro ánimo se rebelde ante tanta maldad como lo es, por ejemplo, la explotación del trabajo infantil.

Esbozado así brevemente un cuadro de la sociedad en los países industriales europeos a mediados del siglo XIX, con sus antagonismos sociales, comprenderemos mejor el origen de los esfuerzos por crear ese organismo, cuyo centenario conmemoramos este año.

En 1863 Polonia se hallaba en plena insurrección para sacudir el yugo czarista. Todos los sectores democráticos estaban en favor de su independencia y reprobaban las crueles medidas represivas con las cuales el Gobierno autocrático ruso intentaba sofocar, hasta lograrlo, el levantamiento de los patriotas polacos. En cierto modo Polonia simbolizaba la opresión de los trabajadores por el capitalismo, y es quizás la conciencia oscura de semejante paralelismo lo que hizo que algunos obreros del continente aceptaran la invitación del Consejo sindical londinense para celebrar un mitin de apoyo a la Polonia rebelde. Los primeros contactos entre obreros ingleses de las »trade unions«, es decir, uniones industriales, y franceses mutualistas de inspiración

proudhoniana, se habían establecido el año anterior con oportunidad de una visita que estos últimos habían efectuado a la exposición internacional de Londres. El mitin se celebró en el pabellón de San Jaime (St. James) el 22 de julio. A continuación se reanudó el intercambio de ideas iniciado anteriormente y se resolvió preparar un congreso internacional y constituir comités de trabajadores. Estos debían coordinar en forma permanente los trabajos destinados al conocimiento mutuo de las características propias de las industrias de cada país. Es interesante reparar en la comunidad de propósitos de los trabajadores industriales y de los artesanos, pese a las condiciones de trabajo tan diferentes en que aquéllos y éstos desarrollaban sus actividades respectivas, demostración palpable de que la solidaridad de los trabajadores no se produce únicamente sobre la base de su situación de clase.

3.

EL 28 DE septiembre de 1864 se verificó nuevamente un mitin a favor de Polonia. El artesano Enrique Tolain, cincelador de oficio, que había participado en todos los contactos y preliminares a partir de la Exposición de 1862, pidió la palabra; pero fue ante todo para proponer un proyecto de organización internacional de los trabajadores. La idea fue aceptada en principio de inmediato. Se tomaron dos acuerdos más en esa reunión: uno para convocar a un congreso de los trabajadores en Bélgica el año siguiente, y el otro para designar los integrantes de un comité provisional. Presidente fue nombrado Jorge Odger, zapatero, presidente y luego secretario del Consejo Sindical londinense, uno de los organizadores del mitin; secretario fue designado Guillermo Randal Cremer, carpintero de banco, líder del sindicato respectivo, otro de los organizadores del mitin de fundación de la Internacional y que había sido también uno de los organizadores del mitin en pro de Polonia del 22 de julio de 1863; el primer tesorero fue Jorge Guillermo Wheeler, obrero como los dos anteriores.

Los miembros ingleses del Comité Provisional² eran en parte viejos discípulos de Owen o veteranos de las luchas cartistas.

²Consejo General como se le llamó a partir del Congreso de Ginebra de 1866.

Los cuatro delegados franceses, todos artesanos parisienses que participaron en el mitin del 28 de septiembre, fueron los que presentaron el proyecto de acuerdo para fundar la Internacional. Tres de ellos, Tolain, ya mencionado, Carlos Limousin, marginador, y E. E. Fribourg, grabador, eran de inspiración proudhoniana, mientras que el cuarto, Luis Eugenio Varlin, encuadernador, se consideraba él mismo como partidario del «colectivismo» o «comunismo no autoritario». Esto lo emparentaba ideológicamente con Bakunin.

Por los expatriados alemanes en Londres, fuera de Juan Jorge Eccarius, que habló con elocuencia en el mitin, quedó incluido en el Comité Carlos Marx, que muy pronto debía desempeñar un papel preponderante. Eccarius era obrero; Marx era intelectual, y en grado superlativo.

4.

EN LA primera sesión del Comité se designó una subcomisión para que redactase una «Declaración de principios» y estatutos provisionales. Marx fue incluido en esta subcomisión; pero un malestar le impidió asistir a su primera sesión y a la segunda del Comité. En estas dos reuniones el mayor Luigi Wolff, miembro del Comité y representante de los trabajadores italianos (en verdad era más bien representante de Mazzini, del cual era una especie de lugarteniente), había presentado como declaración de principios un proyecto de estatutos establecido por una comisión elegida en el décimo Congreso, en Parma, de la *Società Operaia Italiana* el año anterior, proyecto que fue aceptado en el undécimo Congreso, en Nápoles (25-27 de octubre de 1864) bajo el nombre de «Atto de fratellanza». Estos estatutos en gran parte se basaban en un proyecto elaborado por Mazzini. En las mismas reuniones el viejo owenista Weston había presentado un programa para la Internacional. Ambos documentos, el de Wolff y el de Weston, fueron refundidos por otro miembro del Comité, el francés Le Lubez. El proyecto de Le Lubez fue aceptado en principio por el Comité en su sesión del 18 de octubre, la tercera, y primera en que participaba Marx.

Lo que ocurrió después sólo se conoce por una carta del 4 de noviembre de Marx a Engels. Al parecer, el preámbulo de Le Lubez, que debía hacer las veces de una declaración de principios, estaba mal escrito, con una «fraseología delirante».

Además, se conservaban casi en su totalidad los estatutos italianos, que contemplaban una organización centralizada, una especie de gobierno central de acuerdo con la concepción de Mazzini. Marx se propuso elaborar por su cuenta un contra-proyecto. Para justificar la manera insólita como se proponía él interpretar los sentimientos aprobados ya en la votación de principio, escribió una *Proclama a las clases obreras* (no considerada en el plan primitivo). Debía ser una especie de revista retrospectiva de los hechos y gestas de las clases obreras; luego, y dado que todos los hechos históricos estaban contenidos en esta Proclama y que no se podía repetir tres veces las mismas cosas, modificó los considerandos de los estatutos y éstos quedaron con sólo diez artículos, de cuarenta que se supone contenía el proyecto primitivo de Le Lubez.

El proyecto de Max fue aprobado por unanimidad en el Consejo General. Consta de tres partes: la primera es la Proclama, conocida más bien por *Manifiesto*, paradigma de todos los manifiestos con que las internacionales sucesivas y los diversos partidos socialistas anunciarían al mundo su nacimiento y su justificación. La segunda parte la constituyen los *Considerandos* de los estatutos; es una exposición de motivos y su conjunto se conoce también por *Preámbulo*. La tercera parte y última, la componen los *Estatutos* mismos. Tenemos, pues, Manifiesto, Considerandos y Estatutos. Si el primero es el corazón, los Considerandos son el alma, la profesión de fe. Los Estatutos no son sino simples reglas de procedimiento; pero contienen normas de conducta importantes, y el último artículo, el décimo, establece que «aunque unidas por un lazo fraternal de solidaridad y de cooperación, no por ello dejarán las sociedades obreras de existir sobre las bases particulares propias».

Debe sorprender que Marx, autoritario por principio y temperamento, le haya dado a la Internacional una constitución federalista, haciendo así una concesión de vasto alcance a los mutualistas franceses. La explicación que se ha propuesto de semejante actitud es plausible y se concilia con lo que sabemos de la contextura psicológica de Marx. Su ambición, compartida por su amigo y compañero de armas Engels, de llegar a ejercer un influjo preponderante dentro de la Internacional, tropezaba con igual propósito de Mazzini. El prócer italiano, la figura más representativa de la independencia y unidad de su patria,

era una personalidad de prestigio europeo, cuya palabra encontraba eco simpático en todos los ámbitos republicanos y del incipiente movimiento de los trabajadores. Era un serio rival para las pretensiones hegemónicas de Marx, pues fuera del mayor Wolff, integraron el Consejo el Dr. Domenico Lamia, presidente de la organización de los trabajadores italianos en Londres, y cinco miembros más de la misma organización, todos mazzinianos, por supuesto. Pero Mazzini era partidario de una organización centralizada y autoritaria. Luego, la constitución de la Internacional debía ser federalista y antiautoritaria para prevenir el peligro de una posible preponderancia en su seno de Mazzini. Desaparecido Proudhon del escenario político europeo con su muerte, ocurrida el 19 de enero de 1865, es decir, a escasos cuatro meses de fundada la Internacional, sin que dejara discípulos de valía que continuaran su obra; desaparecido también Mazzini de la escena de la misma por su ruptura con ella pocos años después, sólo quedaba como posible pretendiente a una situación de preeminencia la figura de Bakunin, cuyo prestigio de tribuno popular y revolucionario era superior aún al de Mazzini. Pero el gran agitador ruso había levantado la bandera de un federalismo antiautoritario extremo, en consonancia, por lo demás, con los estatutos de la Internacional, de la cual llegó a formar parte y en la que contaba con el apoyo incondicional de las secciones italianas y españolas y de la mayor parte de las secciones suizas, francesas y belgas. Luego, había que modificar los estatutos en un sentido centralizador y autoritario. Por lo tanto, Marx se dio a la tarea de reforzar cada vez más las facultades del Consejo de Londres a expensas de los derechos de las secciones locales consagrados por la carta fundamental. Es éste uno de los ejemplos del maquiavelismo en que incurrió Marx a menudo para imponer su prepotente personalidad y que aun admiradores suyos, como el insigne historiador del socialismo alemán y biógrafo de Marx, Franz Mehring, han tenido que deplorar.

5.

EL PRIMER párrafo del primer considerando dice textualmente »que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos«. La interpretación de lo que se entiende por »trabajador« desató la primera lucha de tendencias

dentro de la Internacional. A juicio de los proudhonianos, todos artesanos como hemos visto, este calificativo debía reservarse únicamente a los obreros, es decir, a quienes se ganan el sustento en una profesión manual u oficio, con predominio del esfuerzo físico sobre el intelectual. No es que menospreciaran el esfuerzo intelectual, ellos mismos al fin y al cabo tenían que hacer uso de la cabeza y no de sus manos en las discusiones y en toda la labor de propaganda y organización que les incumbía a los miembros activos de la nueva Asociación. Pero temían el predominio a la larga de quienes por su instrucción y el ejercicio exclusivo de su intelecto, que trae aparejado un mayor dominio de la palabra escrita u oral, podrían imponer sus puntos de vista y desviar la recién creada entidad del camino que sus fundadores le habían trazado, cual era el de la emancipación de los trabajadores manuales, los más explotados y siempre defraudados en sus hasta entonces vanos esfuerzos por sacudir el yugo de una opresora explotación. Y en el horizonte de su visión pesimista se alzaba la siniestra figura del político profesional que simula profesar una doctrina y compartir sentimientos igualitarios cuando en el fondo no lo mueve sino la ambición de poder, al servicio, con harta frecuencia, de intereses dleznales, opuestos las más de las veces a las aspiraciones de los trabajadores que pretende representar.

Esta tendencia restrictiva de los artesanos franceses no prosperó a pesar de su insistencia. Con el transcurso de los años fue decayendo el ascendiente de los proudhonianos hasta que por último esta disputa quedó sepultada en el olvido, y sólo subsiste aún en los medios anarquistas de lengua española un residuo terminológico, un eco lingüístico, de interés quizás para los estudiosos de la semántica: es el predominio del vocablo «trabajador» sobre el de «obrero», que apenas se usa. El «trabajador» es todo aquél que trabaja, sea con el músculo, sea con el cerebro. El «obrero» tiene una connotación más restringida: en él predomina el músculo, el esfuerzo físico; pero el concepto de «trabajador» es más comprehensivo e incluye al de «obrero».

Limitado el vocabulario al vocablo de «trabajador», desaparece automáticamente el distingo, que siempre permitiría la introducción insidiosa de una cuña en perjuicio de la acción de conjunto. Ha sido el genio de los trabajadores españoles el que

ha encontrado esta solución original que ha puesto una valla inmovible a todo intento de hacer resurgir distinciones anacrónicas y superadas ya por un largo pasado de luchas comunes, hermanados obreros e intelectuales en un solo anhelo liberador.

Pondremos punto final a la elucidación de este problema, surgido como un corolario de la situación política y social por que atravesaba la Francia del segundo Imperio, la de Napoleón el pequeño, con una cita del honesto y noble luchador Anselmo Lorenzo, tipógrafo de oficio, extraída de su obra *El Proletariado Militante. Memorias de un Internacional*: »Si no hubieran estado en Barcelona Viñas, Soriano, Meneses y Ferrán, andaluces y privilegiados todos; si Rafael Farga no hubiera ido al Congreso de Basilea donde recibió la sugestión directa de Bakunin, además de inspirarse en la grandeza de las ideas de los fundadores y cooperadores de la Internacional; si no hubiera estado presente [el doctor] Gaspar Sentiñón, que con sus grandes y enciclopédicos conocimientos y su constancia supliera las deficiencias, reemplazara a los perezosos y por su aspecto venerable fuera como la personificación de la idea; si, en fin, no se hubieran agrupado los inteligentes, los activos, los buenos en la Alianza de la Democracia Socialista, y hubiera debido esperarse que las corporaciones obreras por sí mismas, por evolución efectuada por sus propios medios hubieran entrado en la Internacional, los obreros catalanes no hubieran sido jamás internacionales«.

II. PRESENCIA EN EL CAMPO EUROPEO, LUCHAS INTERNAS Y FIN

1.

SI EL conflicto planteado por los miembros franceses no trascendió al exterior y se ventiló, por decir así, a puertas cerradas hasta desaparecer automáticamente, no sucedió lo mismo con otros dos que trascendieron a un escenario más vasto y de resonancia pública. El primero enfrentó a la Internacional con Mazzini; el segundo, de proporciones aún mayores, como que terminó por liquidarla, contrapuso a los dos hombres más representativos de la Internacional: Marx y Bakunin. Pero reseñemos primero los congresos sucesivos que jalonan la marcha de la Asociación.

Aun antes de que venciera el plazo para la convocatoria del primer congreso, comenzaron las intrigas en el seno del Consejo de Londres por conseguir más autoridad en menoscabo de la autonomía de las secciones. Ya dimos a conocer el texto del artículo 10 de los Estatutos. El artículo 1º reza como sigue: »Se establece una asociación para disponer [*pour procurer* dice la traducción francesa de Lafargue, yerno de Marx] de un punto central de comunicación y cooperación entre los trabajadores de los diferentes países que aspiran al mismo fin, a saber: el apoyo [*concours*] mutuo, el progreso y la completa emancipación [*affranchissement*] de la clase trabajadora«. No pueden ser más explícitos ambos artículos: el »punto central«, o sea, el Comité de Londres, no es sino una simple oficina relacionadora entre las diversas secciones con el fin de retransmitir las informaciones locales de interés general, efectuar estudios comparativos, acumular estadísticas vitales, intercambiar puntos de vista con miras a uniformar el criterio en cuestiones fundamentales, en fin, todo cuanto cabe para fortalecer los vínculos fraternales entre los asociados³. Un federalismo amplio en buenas cuentas. A mayor abundamiento, el artículo 3º encomendaba la formulación de los estatutos definitivos de la Asociación y el estudio de los medios más eficaces para asegurar el éxito de su trabajo, a un Congreso General que debía celebrarse en 1865.

Sin embargo, cuando se formó el Comité de París, el primero en el continente europeo, el Consejo de Londres designó de oficio a uno de sus miembros, Enrique Lefort, periodista y candidato a diputado en las elecciones parlamentarias de Francia en 1864, como delegado adjunto al Comité parisiense y en calidad de corresponsal general para la prensa francesa, sin tomar para nada el parecer de aquel comité. Cuando éste protestó, el Consejo envió a París a Le Lubez, amigo de Lefort y de Marx, para que realizara una investigación y regresara cuanto antes con un informe. Pero el día mismo en que Le Lubez regresaba a Londres, Tolain y Fribourg, por otra ruta y con sólo 120 francos en el bolsillo, lograron llegar a Londres a tiempo e hicieron una entrada espectacular a la sala en que sesionaba el Consejo, en el momento mismo en que Le Lubez, con los papeles en la mano, daba comienzo a la lectura de su informe parcial. No pudo

³Tal es también el espíritu, y casi la letra, del artículo 6º.

continuar y el debate de fondo se abrió en el acto. Tolain y Fri-bourg argumentaron en forma convincente y consiguieron que el Consejo revocara su acuerdo anterior. La misma noche, era el 1º de marzo de 1865, zarpaban a Francia y al atardecer del día siguiente estaban de regreso en París, después de sólo 50 horas de ausencia, satisfechos de la primera victoria del federalismo sobre el autoritarismo que despuntaba en el Consejo.

El Congreso que debía celebrarse en 1865, de conformidad con lo acordado en el acto de fundación, no se llevó a cabo. Marx, que abogó por que se postergase, alegó que el movimiento no tenía en ninguna parte fuerza suficiente como para justificar un congreso; que, además, la agitación electoral en Inglaterra desviaría el interés de los trabajadores hacia otros campos, de modo que sólo cabía «una conferencia preparatoria y privada en *Londres* y que los comités centrales extranjeros (no las sociedades afiliadas sino sus consejos de administración) enviarían cada uno un delegado» (carta a Engels del 24 de junio de 1865).

Fue allí, en esa Conferencia de Londres, donde los delegados franceses pretendieron excluir a los intelectuales. Eran artesanos, como lo eran todos los miembros de la sección parisense, entre los cuales no figuraba ningún intelectual, pero en la que estaban representados casi todos los oficios: cinceladores, grabadores, marginadores, tipógrafos, empapeladores, curtidores, montadores, ópticos, mecánicos, encuadernadores, plomeros, zapateros, doradores, carroceros, carrajeros. Como dijimos, esta tendencia exclusivista no prosperó.

Otro punto en que tampoco pudieron los delegados franceses hacer prevalecer su opinión fue la cuestión de Polonia. Ellos no querían que se incluyera en el temario, no sólo porque no figuraba en el de once puntos que habían presentado a la Conferencia sino principalmente y de acuerdo con la tesis de Proudhon, porque eran contrarios a la emancipación de Polonia (como él lo fuera también de la unidad italiana). Pero este criterio no se compadecía con la partida de nacimiento de la Internacional, que nació al calor de la solidaridad con la Polonia oprimida por el zarismo. El voto que se aprobó finalmente, reconocía la necesidad de aniquilar el influjo ruso en Europa mediante la aplicación del principio del derecho de los pueblos de

autodeterminarse y la de reconstituir a Polonia sobre bases democráticas y sociales.

Se clausuró esta primera conferencia con un acto de íntima sociabilidad: un té amenizado con discursos, canciones republicanas y un baile final en que Limousin y Varlin sacaron a bailar a las dos jóvenes hijas de Marx, mientras su eufórico padre se franqueaba con Tolain y Fribourg y les confesaba su odio incontenible a Proudhon.

El primer Congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores se realizó en Ginebra del 3 al 8 de septiembre de 1866. Asistieron 60 delegados, cinco de los cuales representaban al Consejo Central de Londres. Concurrieron 17 delegados de Francia, en su mayoría mutualistas proudhonianos que representaban cuatro secciones: París, Lyon, Neuville-sur-Saône y Rouen. Fuera de Varlin, dos o tres más tendían al colectivismo; pero en todo caso eran partidarios de una organización federal con amplias atribuciones para las ramas locales. La delegación francesa presentó, pues, un frente compacto en esa lucha entre libertarios y autoritarios que se iba perfilando con nitidez en el seno de la Internacional. Además, habían preparado con tiempo un documento extenso que, por su madurez doctrinaria, es comparable con el célebre *Manifiesto de los Sesenta*, en que por primera vez los trabajadores franceses se constituían en clase aparte dentro de la sociedad y confiaban su representación política, no a miembros de otras clases, sino exclusivamente a miembros de su propio seno. Este manifiesto inspiró a Proudhon la última obra de su fecunda existencia, *De la capacidad política de las clases obreras*, que sólo vio la luz después de su muerte. Este canto del cisne dio impulso a las actividades de todos los internacionalistas que tomaban en serio la declaración de la Internacional de que la emancipación de los trabajadores debía ser la obra de los propios trabajadores. También contribuyó posteriormente a la elaboración teórica del sindicalismo revolucionario en Francia y España.

En este Congreso figuró por primera vez, como delegado de Suiza, un joven representante del centro relojero del Jura que debía desempeñar un papel importantísimo en los destinos de la Internacional, no sólo por su lucha junto a Bakunin sino también por su labor de historiador de la misma. Los cuatro tomos de *La Internacional, Documentos y recuerdos* contienen una re-

lación minuciosa de la Asociación y de sus vicisitudes. Es con mucho la más objetiva y fidedigna de las crónicas del primer internacionalismo pese a su abanderamiento en el campo bakuniano. Los delegados franceses contaron con su apoyo en la mayor parte de sus planteamientos, como habían contado en la Conferencia de Londres con el apoyo del único delegado belga, César de Paepe, joven de gran talento, tipógrafo por necesidad, que, robándole horas al sueño y sin descuidar la propaganda de un socialismo libertario muy personal, estudiaba medicina tesonracamente hasta graduarse de médico.

Se reabrió el debate iniciado en la Conferencia de Londres sobre la exclusividad que los proudhonianos reclamaban para los obreros, o sea, los trabajadores manuales, de ser miembros de la Internacional o, por lo menos, delegados a sus congresos. Tolain quiso hacer valer un concepto de clase demasiado estrecho, en virtud del cual los trabajadores debían considerar como adversarios a todos los miembros de las clases privilegiadas, cualquiera que fuese el origen de sus privilegios —el capital o un diploma— y que la clase obrera debía por fin salvarse a sí misma, sin el concurso ni la tutela de nadie. La mayoría del Congreso no compartió este punto de vista y ya no se volvió más a reabrir la discusión sobre el particular en los congresos siguientes.

En otros dos puntos los proudhonianos consiguieron imponer su criterio: en el caso polaco y en el de las huelgas. El Congreso declaró que protestaba contra todos los despotismos, que condenaba y reprobaba enérgicamente «la organización y las tendencias sociales del despotismo ruso, que debían conducir infaliblemente al comunismo más embrutecedor». Pero el acuerdo concluía por rechazar todo pronunciamiento sobre la reconstitución política de Polonia en vista de que los delegados se habían reunido en un congreso económico. Tocante a las huelgas y a la legislación protectora, como por ejemplo, la limitación de la jornada de trabajo, el Congreso también se pronunció por el rechazo. Si el reformismo es discutible y presenta muchos aspectos negativos, resulta extraño, tratándose de trabajadores, un pronunciamiento adverso a la huelga, ese único medio, en la mayoría de los conflictos, de arrancar al capital las medidas más elementales de remuneración equitativa, reducción del tiempo de trabajo; seguridad e higiene de los locales y tantas otras re-

lacionadas con la organización misma de las fábricas y faenas diversas. Tolain y sus compañeros se dejaban llevar por el doctrinarismo de Proudhon en lo que tiene de menos valedero y se desentendían de la propia evolución del maestro, que hacia el fin de su vida ya no miraba con tanta desconfianza la coalición de los trabajadores y el despliegue de fuerza en su lucha emancipadora. La evolución de la Internacional hacia una posición más combativa, sobre todo en los países latinos meridionales, Italia y España, en que se hacía sentir el predominio del espíritu revolucionario y del colectivismo de Bakunin, no tardó en relegar al olvido estos casi últimos estertores de un socialismo blando y anacrónico.

Hay, sin embargo, un problema en que la doctrina de los internacionales proudhonianos merece una seria consideración, y es el monopolio de la enseñanza por el Estado. Aquí se produjo una convergencia del pensamiento de los delegados franceses con el de Marx (que no asistió personalmente a este congreso). Aquéllos, aún reconociendo el papel preponderante de la educación en la emancipación de los trabajadores, se pronuncian por la libertad de la enseñanza, que respeta y garantiza la autonomía de las inteligencias. En el documento en que presentaban sus bien elaboradas tesis, manifiestan que «la instrucción por el Estado es, lógicamente, necesariamente un programa uniforme, cuyo fin es moldear todas las inteligencias conforme a un tipo único, tipo que será forzosamente, dada la naturaleza misma del espíritu humano, la negación de la vida social, que se compone de luchas, contradicciones . . . ; será el inmovilismo, la atrofia general en menoscabo de todos». Concluían confiando a la familia la instrucción porque la que ella imparte «es la única normal . . . Sin la familia, el hombre, confundido en una inmensa comunidad, no es más que un enemigo para el hombre». Si bien desconfiando también del Estado en este aspecto, una minoría de los delegados franceses, dirigida por Varlin, observaba que «el temor de la absorción del individuo por el Estado, el terror a la enseñanza oficial» no debían hacer olvidar «todos los gastos de la educación y todas las desigualdades sociales que trae consigo la desigualdad de instrucción».

Los mutualistas franceses, con su rechazo del Estado docente, han tenido un precursor en Godwin, el genial autor de la

Investigación acerca de la justicia política, e inspirador filosófico del poeta más profundo y de mayor vuelo lírico de Inglaterra, Shelley, que, no está demás decirlo, era su yerno⁴. En esta obra Godwin señala los defectos del sistema de educación nacional. Derivan en primer término, según él, del hecho de que toda institución oficial implica necesariamente la idea de permanencia y conservación y «desde el momento en que un sistema adquiere forma institucional, ofrece de inmediato esta característica inconfundible: el horror al cambio». En segundo lugar, la concepción de un sistema de educación nacional «se basa en la idea, tantas veces refutada... —pero que se nos presenta nuevamente en mil formas distintas— de que es imposible ilustrar a los hombres si no es por medio de verdades oficializadas».

Por último, y esto es lo que imprime a las ideas de Godwin una marcada orientación anarquista, el principio de una educación nacional debe ser rechazado «en razón de su evidente alianza con el principio de Gobierno. Se trata de una alianza de naturaleza más formidable que la antigua y muchas veces repudiada unión entre la Iglesia y el Estado. Antes de poner una máquina tan poderosa en manos de un agente tan equívoco, debemos reflexionar bien en las consecuencias de tal acción. El Gobierno no dejará de emplear la máquina de la educación para fortalecer su propio poder y para perpetuar sus instituciones». Y aunque los funcionarios superiores de la educación pública tengan las más sanas intenciones, el mal no será por eso menor. Sus opiniones serán análogas a las que sostienen como políticos, y los mismos conceptos que determinan su conducta como estadistas inspirarán sus métodos de enseñanza.

Por su parte, Marx era un crítico acerbo de «la educación elemental por el Estado» como lo reclamaban los socialdemócratas de Alemania en su programa elaborado en el Congreso de Unificación de Gota en 1875. «Definir por una ley general», decía en su célebre crítica de aquel programa, «los medios financieros de las escuelas elementales, los antecedentes de idonei-

⁴Marx decía de Byron y de Shelley «que quien amase y comprendiese a éstos poetas tenía... que lamentarse de que Shelley hubiera encontrado la muerte en edad tan temprana, siendo como era un revolucionario de los pies a la cabeza, que había figurado siempre en la vanguardia del socialismo» (F. Mehring).

dad de sus maestros, los ramos de la enseñanza, etc., como ocurre en los Estados Unidos, supervigilar el cumplimiento de dichas prescripciones legales mediante inspectores estatales ¡es algo muy diferente de designar al Estado como educador del pueblo!« El Gobierno y la Iglesia, concluye, »deben más bien ser excluidos por igual de toda ingerencia en la Escuela«.

El Congreso no levantó sus sesiones antes de haber adoptado el texto definitivo del Preámbulo y de los Estatutos de la Internacional, que sólo diferían en un pequeño punto del texto primitivo de 1864, como veremos más adelante.

En el segundo Congreso, celebrado en Lausanne al año siguiente, 1867, se acentúa la decadencia del influjo de los mutualistas franceses, que cede ante el avance de las ideas colectivistas hasta en su propia patria de origen. Tolain y sus adeptos se batían en retirada y transigían una y otra vez en materias que, para ellos, eran fundamentales, por ejemplo, la intervención del Estado en la educación y la propiedad pública de los medios de transporte y de intercambio; pero consiguieron que se postergase hasta el próximo congreso la cuestión de la propiedad pública de la tierra. Y a pesar de su oposición a que se tratara cualquier tema político, tampoco lograron impedir se aprobara un voto por el cual se declaraba que »la privación de las libertades públicas era un obstáculo a la instrucción social del pueblo y a la emancipación del proletariado« y que »la implantación de las libertades políticas era una medida primordial y de absoluta necesidad«.

El tercer congreso de la Asociación, celebrado en Bruselas en septiembre de 1868, señaló la derrota definitiva de los proudhonianos. El joven delegado belga, César de Paepe, ya mencionado, controlaba con sus adeptos colectivistas más de la mitad de los votos, y así, pese a una tenaz oposición, consiguió se aprobara por gran mayoría un proyecto de acuerdo en favor de la propiedad pública de las minas, del transporte y de la tierra. En cambio, se les concedió a los mutualistas un premio de consuelo: un acuerdo para la fundación de bancos de crédito mutuo.

Esta derrota se explica en gran parte por la merma numérica de los proudhonianos, víctimas de la primera persecución que se desató en Europa contra los miembros de la Asociación. Las cosas ocurrieron así: el año anterior, 1867, en septiembre,

celebró su primer congreso la *Liga por la Paz y la Libertad*, fundada por representantes de la burguesía radical y del pensamiento democrático. A este congreso, prestigiado con la concurrencia de personalidades eminentes, como Víctor Hugo, Edgar Quinet, Stuart Mill y Garibaldi, asistieron Tolain y dos delegados más que acababan de participar en el Congreso de Lausane de la Internacional en que se aprobaron las mociones, que ya hemos mencionado, en defensa de las libertades políticas y civiles. Eran portadores de los saludos fraternales de la Internacional. Uno de los miembros de la Liga quiso reforzar su tesis con estas declaraciones y propuso un pacto que, concretamente, se resumía en la táctica de »que los trabajadores ayudasen a la burguesía a reconquistar las libertades políticas y, en cambio, la burguesía cooperaría con el proletariado en su emancipación económica«. El pacto fue aprobado, con lo que la Internacional entraba por primera vez a un terreno que le era vedado por sus principios. En virtud de semejante alianza, una especie de frente popular »avant la lettre«, los internacionales parisienses participaron en manifestaciones republicanas contra la nueva ocupación de Roma por las tropas de Napoleón III.

La reacción imperial no se hizo esperar: el 30 de diciembre todos los miembros de la primera comisión, la fundadora de la Internacional en París, eran acusados de ser miembros de una asociación no autorizada de más de veinte personas. Todos fueron condenados a una multa y la Asociación quedó disuelta por orden del Gobierno. Aún no se pronunciaba la sentencia cuando ya los internacionales se reconstituían y formaban una segunda comisión. Pero en el mismo mes de marzo en que se dictó el fallo condenatorio estallaba una huelga de obreros de la construcción en Ginebra. Ante un llamamiento de los huelguistas, Varlin y sus amigos organizaron diversos actos de solidaridad pública, entre otros, una erogación de fondos para los parados, y exhortaban a los obreros franceses a no dejarse contratar y a no romper la huelga de sus compañeros suizos. Era la primera manifestación de solidaridad práctica de los trabajadores en el campo internacional.

Tampoco se hizo esperar la reacción del Gobierno imperial. Los miembros de la segunda comisión fueron condenados a una fuerte multa y a tres meses de prisión. El 6 de julio de 1868 se cerraban tras ellos las pesadas puertas de la cárcel de Santa

Pelagia, la misma en que su maestro Proudhon había consumido tres años de su laborioso bregar. La 1ª Internacional había dejado de existir legalmente en Francia.

No es extraño, pues, que reducida material y moralmente la representación proudhoniana, triunfaran las fuerzas colectivistas en la Internacional. ¿Pero, quién recogería en definitiva los frutos de la victoria? Marx, que no asistía a los congresos y maniobraba en los entretelones del Consejo de Londres, veía en la derrota de los proudhonianos mutualistas, que lo llenaba de alegría, un triunfo de sus propias ideas y el preludio de un período de acción dominado por sus concepciones políticas autoritarias. Tanto él como su compañero Engels, éste menos optimista y más cauteloso, se equivocaban. En el problema fundamental de elegir los métodos apropiados para implantar el colectivismo, la Internacional se decidió, tanto en lo económico como en lo político, por un federalismo amplio, con exclusión de toda dictadura. En el dilema *Estatismo o Anarquía*, se pronunciaba por esta última, si no en la letra, en su espíritu. Y este federalismo empezaba por la propia casa, mediante la reafirmación del principio vital de los Considerandos y de los Estatutos aprobados en el año de fundación y ratificados en el Congreso de Ginebra, desbaratando así las tendencias centralizadoras del Consejo de Londres.

Este proceso de reafirmación federalista y de orientación libertaria debía llegar a su culminación en el Congreso de Basilea, en 1869. Su inspirador fue Bakunin, quien había desempeñado un papel indirecto, aunque decisivo, en la redacción del manifiesto del Comité Central de la Internacional de Ginebra con motivo de la revolución que estalló en Cádiz en septiembre de 1868.

Es interesante dar a conocer algunos acápites del documento referido, fechado el 21 de octubre, porque revelan el cambio de orientación radical del mutualismo proudhoniano al colectivismo federalista y libertario:

»LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES A LOS OBREROS DE ESPAÑA: Hermanos, el pueblo español ha expulsado a la reina Isabel... El pueblo español proclamará la república basada en la federación de las provincias autónomas, la única forma de gobierno que, transitoriamente y como medio para

llegar a una organización social conforme a la justicia, ofrece garantías serias a la libertad popular . . . dará también un golpe fatal al poder autoritario y absorbente del Estado, dando a Europa un ejemplo que ésta no tardará en seguir».

»La duda no es permitida hoy: la libertad sin la igualdad política, y esta última sin la igualdad económica, no es más que una mentira . . . La igualdad real que consiste en que todos los individuos estén en posesión de los mismos derechos, es decir, que estén igualmente en posesión de los capitales adquiridos por las generaciones pasadas, esa igualdad no puede obtenerse más que por la revolución social«.

»Haced, pues, la revolución social«.

Agrega después el manifiesto que el congreso de la Internacional que acababa de celebrarse en Bruselas ha »trazado a la revolución social la ruta que debe seguir: no más propiedad hereditaria; la tierra a los que la trabajan con sus brazos —a las asociaciones agrícolas; los instrumentos de trabajo, todos los capitales industriales a los que trabajan la materia prima— a las asociaciones industriales . . .«.

Obsérvese cuán preciso es el planteamiento y cómo se adecúan a él los términos empleados: »federación de provincias autónomas«, »asociaciones agrícolas«, »asociaciones industriales«. En ninguna parte de la visionaria estructura social asoma todavía el espectro del »Estado autoritario y absorbente«, cuya presencia caracteriza todos los planes de socialización o nacionalización del socialismo autoritario de inspiración marxista o no marxista. Por el contrario, el repudio del Estado es inequívoco y explícito como se desprende de uno de los acápites citados. Con razón consideraba el agitador ruso este manifiesto como »la primera palabra francamente socialista revolucionaria que se ha elevado en el seno de Ginebra«.

El cuarto congreso de la Internacional se celebró en Basilea, en septiembre de 1869. Concurrieron setenta y ocho delegados, que representaban las secciones de nueve países. Los debates señalaron la derrota definitiva de los proudhonianos. En efecto, los partidarios de Marx y los colectivistas, el más prominente de los cuales era, naturalmente, Bakunin, se unieron para dar mayoría en favor de una moción que incluía la propiedad colectiva de la tierra en el programa de reformas sociales propugnado por la Internacional.

El otro punto del temario que dio lugar a un intenso debate fue la cuestión de la herencia. Marx, que no asistió personalmente al congreso, sostenía que las leyes sobre la herencia, al igual que la legislación burguesa entera, no eran la causa sino el efecto y la resultante jurídica de la organización económica de una sociedad basada en la propiedad privada de los medios de producción. Al transformarse los medios de producción individual en propiedad común, automáticamente desaparecería el derecho de herencia. Como se ve, dejándose llevar por su esquematismo dialéctico, Marx cerraba los ojos a las realidades humanas, que su adversario conocía mejor por haber estado en íntimo contacto durante su infancia y juventud con el mundo campesino y, después, en el curso de su carrera revolucionaria, con las masas proletarias y las categorías más ilustradas de los trabajadores manuales, sin perder de vista, no obstante, las implicaciones filosóficas y sociológicas del problema. Veamos cómo argumentaba.

Es innegable, decía, que el derecho es un efecto de acciones o hechos anteriores; pero se convierte a su vez en causa de otros hechos, se independiza de sus orígenes materiales, adquiere autonomía y fuerza propias, y es necesario destruirlo para lograr éxito en todos los aspectos de una transformación profunda. «Así es como el derecho de herencia, después de haber sido la consecuencia natural de la apropiación violenta de las riquezas materiales y sociales, se ha convertido después en base del Estado político y de la familia jurídica que garantizan y sancionan la propiedad individual».

Situándose ahora en el plano de la realidad social, en particular el de la pequeña propiedad agraria, declaraba que «la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva —primer paso, después de la conquista del poder que reclamaba Marx— encontrará grandes obstáculos entre los campesinos. Si después de haber proclamado la liquidación social, se intentara desposeer por decreto a estos millones de pequeños cultivadores, se les lanzaría necesariamente a la reacción y, para someterlos a la revolución, habría que recurrir contra ellos a la violencia, es decir, a la reacción. Por lo tanto, será necesario dejarlos de hecho en posesión de las parcelas de las cuales son propietarios hoy. Pero si no se suprime el derecho de heren-

cia, ¿qué ocurrirá? Transmitirán estas parcelas a sus hijos con la sanción del Estado a título de propiedad. Si por el contrario, proclamáis la liquidación política y jurídica del Estado, si suprimís el derecho de herencia, ¿qué les quedará a los campesinos? Únicamente la posesión de hecho, y esta posesión, privada de toda sanción legal, que ya no se ampara bajo la omnipotencia del Estado, se dejará fácilmente transformar bajo la presión de los acontecimientos y de las fuerzas revolucionarias». Por fuerzas revolucionarias Bakunin no entiende la violencia física sino la presión de la opinión pública y la persuasión que trae consigo el ejemplo de los sacrificios consentidos por la masa de los trabajadores empeñados en una magna obra de transformación social.

¡Cuántas vidas se habrían salvado y cuántos padecimientos se habrían evitado en el mundo si en vez de la colectivización impuesta por el terror, se hubiese recurrido al método humano que preconizaba Bakunin en ocasión memorable!

Clausurado el debate, se pasó a la votación. Había dos proyectos de acuerdo inconciliables: el de Bakunin, que obtuvo una mayoría relativa: 32 a favor, 23 en contra y 13 abstenciones. Contra él se habían pronunciado, sumándose a los miembros del Consejo General y a Liebknecht, uno de los fundadores del Partido Socialdemócrata Alemán y discípulo de Marx, todos los delegados proudhonianos, que permanecieron fieles a su mutualismo. El otro proyecto, del Consejo General, que representaba el punto de vista de Marx, fue rechazado por 37 votos contra 19. Era una derrota aplastante para Marx, que daba la medida del creciente influjo del colectivismo antiautoritario y, en sentido personal, de Bakunin en el seno de la Asociación. Este se concitaba, con su victoria relativa, el odio de sus adversarios, cuyos efectos había experimentado ya en carne propia. Días antes del congreso, Bakunin había desafiado a Liebknecht, que lo había calumniado públicamente, calificándole de agente ruso desde las páginas del VOLKSSTAAT (Estado Popular) que dirigía, órgano del Partido Socialdemócrata Alemán, a que suministrara pruebas de su acusación; de lo contrario, lo trataría en presencia de todos de canalla infame («niederträchtigen Schurken»). El asunto se ventiló ante un tribunal de honor designado por el congreso. Este declaró por unanimidad «que Liebknecht había procedido con ligereza incalificable al reco-

ger las acusaciones contra un miembro de la Internacional, como lo era Bakunin, de las afirmaciones gratuitas y calumniosas de un diario burgués». Liebknecht reconoció su error y le tendió la mano. Bakunin se la estrechó y, con gesto de gran señor, tomando el dictamen escrito del jurado, le prendió fuego y encendió con él su cigarrillo. La reconciliación, sincera de parte de Bakunin, fue sólo aparente de parte de Liebknecht, que se convertiría pronto en uno de sus enemigos implacables.

2.

EL CONGRESO de Basilea fue el último que agitó problemas de importancia fundamental. La Conferencia de Londres, del 17 al 25 de septiembre de 1871, terminada la guerra franco-prusiana y aplastada la Comuna de París, no tuvo más objeto que ampliar y reforzar las facultades del Consejo General a expensas de la autonomía de las secciones locales y de su prensa. Y algo más grave, pues según palabras del probo Anselmo Lorenzo, delegado español y testigo presencial de las incidencias, «puede asegurarse que toda la substancia de aquella Conferencia se redujo a afirmar el predominio de un hombre allí presente, Carlos Marx, contra el que se supuso pretendía ejercer otro, Miguel Bakunin, ausente».

»Lo único en carácter, lo genuinamente obrero, lo puramente emancipador«, tuvo el modesto tipógrafo español el honor de presentarlo a la Conferencia: la Memoria sobre organización formulada por la Conferencia de Valencia. Según Lorenzo, causó gran impresión en los delegados de las naciones más industriales, como Inglaterra, Alemania y Bélgica, el engranaje de Sociedades y Federaciones de todos los oficios, de oficios similares y de oficio único, con sus comisiones de propaganda y correspondencia, sus estadísticas, sus congresos, sus cajas de resistencia y toda su vida intelectual y de acción. La Conferencia dio gracias fraternalmente a los miembros de la Federación española por su trabajo sobre la organización internacional «que prueba una vez más» —según reza el texto del acuerdo— «su abnegación por la obra común». A la sazón la Internacional en España contaba con más militantes y mejor organizados que en cualquier otro país donde existían secciones de la Asociación.

La Conferencia de Londres, con escasa representación (23 delegados, 13 de los cuales eran miembros del Consejo, lo que

le aseguraba mayoría no sólo a éste sino también a Marx), vino tardíamente a sustituir al congreso que debía celebrarse en septiembre de 1870 por resolución del Congreso de Basilea. El congreso fue postergado principalmente a instancias de Marx, quien pretendió justificarse a posteriori con el pretexto de la guerra franco-prusiana. Mas esta guerra no empeñaba sino a Francia y Alemania, y la Internacional hubiera podido reunirse en cualquier país neutral, Bélgica por ejemplo. Pero Bakunin, según le manifestaba Marx a su viejo amigo Becker en carta de principios de agosto de aquel año, »tenía en el Consejo belga un instrumento fanático«.

La Internacional debió reunirse con ocasión del conflicto bélico. Aun más, era su deber hacer oír su voz en medio de la tormenta de un modo más eficaz que mediante una o dos circulares de comentarios distribuidos desde la sede londinense, paliadas en su efecto por la indisimulada alegría que trasudaban en su correspondencia Marx y Engels, sobre todo el último, ante las primeras victorias de las tropas alemanas. Colocada frente al primer acto de su misión histórica de fraternización, fracasó lamentablemente por obra de mezquinas y deleznable pasiones humanas. De hecho, la Internacional estaba rota. La Conferencia de Londres no fue sino la expresión del principio de su fin. Meses antes tuvo un último destello al calor de la Comuna de París.

La rendición del ejército del general Bazaine en Metz y la rendición del emperador Napoleón III en Sedán, provocaron la caída del Imperio y la proclamación de la tercera república francesa. En un medio caldeado por las pasiones políticas contenidas por una dictadura, y libres de súbito para manifestarse, debían forzosamente abrirse paso las ideas socialistas incubadas en los cuatro decenios anteriores y fertilizadas por la sangre vertida en las gloriosas jornadas de 1848. La Comuna de París fue la expresión política y social de aquel socialismo, que Marx y Bakunin aclamaron por igual, sin dejar por eso de atribuirse recíprocamente móviles incompatibles con sus respectivas doctrinas.

Pagaron con sus vidas su participación en esta gesta heroica muchos internacionales, entre otros, Eugenio Varlin. Otros fueron a parar a lejanas colonias penales. La represión fue du-

rísima y sangrienta: 30 mil hombres, mujeres y niños cayeron en París bajo el plomo de las tropas versallesas, encargadas de restaurar el orden burgués con la protección, asegurada de antemano, del ejército de ocupación alemán.

3.

LA D E R R O T A de la Comuna fue la señal de una sañuda persecución de la Internacional en todos los países en que se había constituido, principalmente en Francia, Italia y España, y luego después en Alemania. Esto la debilitó en tal grado que facilitó las intrigas precursoras de su prematuro fin. En el Congreso de La Haya, celebrado a principios de septiembre de 1872, se produjo la escisión definitiva. Previamente se habían separado las secciones italianas. Bakunin y Guillaume fueron excluidos y se decidió, a instancias de Marx, trasladar el Consejo General a Nueva York. Fue su decreto de muerte. El cadáver de ultramar procuró revivir en otro congreso más, en Ginebra el año siguiente, con la concurrencia sólo de delegados suizos y proscritos alemanes; pero fue un fracaso total y absoluto. Cuando Marx se impuso de los pormenores echó su palada y pronunció la más corta oración fúnebre de su vida: »Ha terminado el partido«.

III. EPILOGO

1.

EL C O N F L I C T O entre Bakunin y Marx no debe considerarse como el choque dramático de dos personajes históricos ni debe, por lo tanto, interpretarse como un simple duelo épico en un torneo que tenía por escenario una parte del mundo civilizado. De ser así, no se explicaría el número tan crecido y valioso de adherentes junto a Bakunin en su lucha contra Marx. Se trata de la oposición de dos principios vitales inconciliables: el comunismo autoritario centralizador y el comunismo anti-autoritario federalista o colectivismo libertario. Esta oposición queda de manifiesto en algunos escritos polémicos de Bakunin que no han perdido su vigencia histórica y merecen por lo menos un breve comentario. Me referiré únicamente a dos problemas: el Estado popular y la colaboración con los sectores

burgueses de avanzada, encarnados en aquella época por los partidos o movimientos llamados genéricamente «radicales» en Francia, Suiza y Alemania, o también de «extrema democracia» en esta última, y sus equivalentes de otros países.

Hacia fines del decenio 1860-1870, la masa obrera de Alemania estaba dividida en tres categorías: la primera y más numerosa no estaba organizada ni en sindicatos ni en partidos; la segunda, mucho menos numerosa, estaba integrada en sociedades para la educación de los obreros, las llamadas *Arbeiterbildungsvereine*; la tercera, menos numerosa todavía, estaba rígidamente organizada en la Liga General Obrera de Alemania (*Deutscher Allgemeiner Arbeiterverband*), fundada en 1863 por el brillante agitador socialista y tribuno Fernando Lassalle, dirigida después de su prematura muerte, a raíz de un duelo, por un hombre talentoso, enérgico y capaz, J. B. V. Schweitzer. Ambos, Lassalle y Schweitzer, eran partidarios de la conquista del poder político por los trabajadores, si bien el primero preconizaba una fase preparatoria de vigorización económica de las asociaciones obreras por medio del Estado, el Estado bismarckiano de entonces, que buscaba un apoyo entre los trabajadores en su lucha contra la oposición liberal. Coincidían con Marx en el objetivo inmediato: la conquista del poder político; pero esta conquista, según los discípulos de Marx y, con ellos Liebknecht a la cabeza, debía limitarse al principio a la constitución de un «Estado popular libre». Así lo establecía el primer punto del programa de agitación del Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (*Deutsche sozialdemokratische Arbeiterpartei*) en su congreso de fundación, celebrado los días 7, 8 y 9 de agosto de 1869 en Eisenach, la ciudad de Lutero y de Bach («Die sozialdemokratische Arbeiterpartei erstrebt die Errichtung eines freien Volksstaates»). El incipiente socialismo político alemán no podía expresar mejor su propósito primordial que adoptando como órgano de su partido el *Volksstaat* (Estado Popular), redactado por el propio Liebknecht.

El programa debía provocar la repulsa de Bakunin, que lo consideraba como una «verdadera transacción entre el programa socialista y revolucionario de la Asociación Internacional de los Trabajadores, tan claramente determinado por los Con-

gresos de Bruselas y de Basilea, y el programa bien conocido del democratismo burgués».

Se recordará que, según el tercer punto de la Exposición de motivos o 3.er Considerando de los Estatutos, «la emancipación económica de los trabajadores es el gran objeto a que debe subordinarse todo movimiento político». Pero ese texto, el único conocido por las secciones francesas y que satisfacía las tendencias políticas de los mutualistas proudhonianos, fue sustituido con el correr de los años por otro, que se ajustaba más, al parecer, al texto inglés de Marx. En este último se completaba la frase con las tres palabras «as a means» (como un medio). En la traducción española de Anselmo Lorenzo, hecha de acuerdo con el texto aprobado en el Congreso de Ginebra de 1867, no figuran estas tres palabras. En otras versiones, tanto en francés como en alemán, se vertía el texto, supuestamente original, con el apéndice de «como simple medio» («comme simple moyen», «als blosses külfsmittel»). Estos tres textos diferentes, estas «pequeñas» diferencias, estaban preñadas de las calamidades que debían precipitar el fin de la Internacional, pues la interpretación del texto preferido se hacía según el color del cristal de los exégetas. En verdad, estas tres palabras terminales tuercen el sentido prístino del texto; ya no se prohíbe la acción política, antes bien, ella se convierte en uno de los medios, o aun, ensanchando la manga, en el medio por excelencia de la emancipación económica. Para los proudhonianos y colectivistas, no es sino un modo accesorio, subalterno y hasta ineficaz de la actividad militante.

Amparado en el texto inglés original, traducido al francés por Carlos Longuet, yerno de Marx, 18 meses después de su redacción primitiva, el coautor del Manifiesto Comunista y padre putativo del socialismo alemán ganaba una libertad de manobra muy amplia, dentro y fuera de la Internacional, para la difusión de sus ideas matrices: la conquista del poder político, la constitución de un Estado Popular, y la alianza con la burguesía radical. Veamos qué juicio le merecían estas concepciones a Bakunin.

Según la teoría marxista, el *Estado Popular* es el proletariado elevado al rango de clase dominante. Pero es inconcebible que el proletariado entero se ponga a la cabeza del Gobierno, porque

los millones que lo componen no pueden ser todos miembros del mismo. Si el pueblo entero gobernase, no habría Gobierno, no habría gobernados; entonces no habría Gobierno y no habría Estado. Si hay Estado, habrá gobernados, o sea súbditos, es decir, esclavos. Además, si el proletariado se convierte en clase dominante, quedará otro proletariado sometido a una nueva dominación, compuesto principalmente de la masa campesina. El nuevo Estado, aunque se oculte tras la etiqueta de Gobierno de Obreros y Campesinos, será siempre la tiranía de las ciudades industriales sobre el campo.

El dilema de gobernantes-gobernados o pueblo-gobierno ha sido resuelto, en teoría por Marx y sus epígonos, el más ilustre de los cuales es Lenin, del modo siguiente. Según ellos, el Gobierno del pueblo es el Gobierno de un pequeño número de representantes del pueblo, sea que la voluntad del pueblo para elegirlos se exprese por medio del sufragio universal o por cualquier otro medio que permita la expresión real de semejante hipotética voluntad. No salimos aún del Gobierno de las masas por una minoría privilegiada como en las democracias «formales». A esto responden los marxistas que tal minoría será compuesta de trabajadores. «Sí, de antiguos trabajadores quizás», objeta Bakunin, «pero que, no bien se conviertan en gobernantes o representantes del pueblo, dejarán de ser trabajadores y considerarán el mundo trabajador desde su altura estatista; no representarán ya desde entonces al pueblo sino a sí mismos y a sus pretensiones de querer gobernar al pueblo». Y quien abrigue la menor duda al respecto, agrega, «no sabe nada de la naturaleza humana». Aquí Bakunin da en el clavo, pues el «gobierno» de las organizaciones sindicales, que prefigura lo que será un Gobierno en manos de dirigentes salidos de sus mismas filas, confirma su juicio escéptico. El distanciamiento de la masa, el perpetuarse en las cumbres, la pérdida consiguiente de los hábitos de trabajo, el manejo de cuantiosos fondos sindicales, todo eso ha tenido resultados tan funestos en la práctica, lo podemos comprobar en nuestro propio país, que han echado por tierra todas las ilusiones de quienes abrigaban algunas esperanzas acerca del «porvenir socialista de los sindicatos» (Sorel).

Pero los teóricos del marxismo no se rinden tan fácilmente:

según ellos, los elegidos serán militantes ardientes y convencidos y, además, *sociolistas científicos*. En buenas cuentas, el llamado Estado Popular será una administración despótica de las masas del pueblo por una aristocracia nueva, poco numerosa, de sabios, pseudosabios e ingenieros, los «planificadores», los «colegiados» de la época moderna, la era atómica. El pueblo, que no es sabio, será eximido enteramente de las preocupaciones gubernamentales, de todo poder de decisión, y quedará globalmente incluido en el rebaño administrado. »¡Hermosa liberación!« acota Bakunin.

Los teóricos marxistas se han dado perfecta cuenta de semejante contradicción, y están prontos a conceder que un Gobierno de sabios, «el más pesado, más ultrajante y más despreciable del mundo», según Bakunin, será, pese a todas las formas democráticas, una verdadera dictadura —la supuesta y ficticia «dictadura del proletariado». Pero se consuelan con el pensamiento de que tal dictadura será provisional y corta, que su preocupación absorbente, su objetivo primordial, su desvelo solícito, será educar y elevar al pueblo, tanto en lo económico y en lo político, a un nivel tan alto, que haga innecesario todo Gobierno, y el Estado, perdiendo así todo carácter político, es decir, de dominación, se transformará en una organización absolutamente libre de los intereses económicos de las comunas. Resumiendo: la dictadura yugo-estatista es un medio transitorio inevitable para alcanzar la emancipación integral del pueblo, proletarios y campesinos: el objetivo final es la anarquía o libertad; el medio adecuado es el Estado dictatorial. Comenta Bakunin: »Así, pues, con el fin de emancipar las masas laboriosas es preciso ante todo subyugarlas«.

Sobre tal contradicción ha fundamentado Lenin, el más fiel discípulo de Marx, las teorías que desarrolla en *El Estado y la Revolución*. A poco de escribir esta obra, un golpe de Estado le dio la oportunidad de aplicarlas con esa lógica y rigor austeros que fueron las características de su personalidad, hasta que el fracaso del comunismo de guerra le hizo dar el paso atrás conocido por «nueva política económica» o NEP. La lección desaprendida por Bakunin anticipadamente, es la que resumimos a continuación con sus propias palabras:

»Ninguna dictadura puede tener más objeto que su propia

perpetuación y no es capaz de engendrar y desarrollar en el pueblo que la soporta sino la esclavitud; la libertad no puede ser creada sino por la libertad, es decir, por la rebelión del pueblo y por la organización libre de las masas laboriosas de abajo a lo alto».

No menos severo es Bakunin para condenar el prurito de los discípulos de Marx de adquirir admiradores y partidarios en las filas de la burguesía y de impulsar al proletariado a transacciones con los radicales burgueses. Tocando a su fin la Internacional y de ahí en pos, este deseo de transacción con la burguesía radical se hacía cada vez más evidente, no sólo en los discípulos sino en el propio Marx, creando así un precedente histórico para los «frentes populares» de nuestro siglo. Se acariciaba la ilusión de que, una vez conquistado el poder político por la burguesía radical, ésta tendría la oportunidad de hacer uso de él en beneficio del proletariado; en segundo lugar, se esperaba también que, una vez conquistado el poder, el partido radical no podría «resistir la reacción cuya raíz se encuentra en su propio seno». Son palabras textuales de Bakunin escritas hace más de noventa años. Por esa «reacción cuya raíz se encuentra en su propio seno», el revolucionario ruso entiende naturalmente la labor de zapa y de disolución a que se supone se entregaría el partido del proletariado para desbancar a la burguesía radical y sustituirla en el poder.

Por lo demás, aryuge Bakunin, imaginarse que el partido radical burgués, que por sus intereses económicos y políticos así como por sus hábitos de vida, está orgánicamente ligado a la clase explotadora, sienta la menor inclinación a emplear el poder, aunque lo hubiese conquistado con ayuda del pueblo, en beneficio de este último, equivale a construir castillos en el aire, y con pruebas al canto, sacadas de la experiencia contemporánea en diversos países europeos, confirma su apreciación.

Por otra parte, Bakunin plantea una segunda cuestión. Se pregunta si la burguesía radical puede realizar sin la insurrección del pueblo un golpe de Estado. Y contesta enfáticamente que no. Se deduce, agrega, que no es el pueblo (hoy diríamos, con más propiedad las clases trabajadoras) el que tiene necesidad de la burguesía radical sino la burguesía radical la que tiene necesidad del pueblo para llegar al poder y sostenerse en él.

Terminaremos este análisis que hace Bakunin de las perspectivas revolucionarias de las alianzas oportunistas de las clases trabajadoras con la burguesía radical, con la siguiente cita de una de sus obras, visión verdaderamente profética de no pocos sucesos contemporáneos.

»El partido radical es un partido aparte; vive y obra fuera del pueblo. ¿Qué significa su tentativa de alianza con el pueblo trabajador? Ni más ni menos que la conciencia de su impotencia, la confesión de que el apoyo del pueblo le es indispensable para conquistar el poder estatista —no en provecho del pueblo, naturalmente, sino en beneficio propio. Y en cuanto lo haya conquistado, se convertirá inevitablemente en el enemigo del pueblo; una vez convertido en su enemigo, perderá su punto de apoyo —la fuerza del pueblo— y para sostenerse en el poder, aunque no fuese más que un tiempo limitado, estará obligado a buscar nuevas fuentes de energía, pero ahora contra el pueblo, en las alianzas y transacciones con los partidos reaccionarios vencidos. Yendo de este modo de compromiso en compromiso, de traición en traición, se vuelve a echar él mismo y vuelve a echar al pueblo en brazos de la reacción. Escuchad lo que dice hoy Castelar, republicano encarnizado convertido en dictador: »la política vive de compromisos y de transacciones; es por eso que tengo intención de colocar a la cabeza del ejército republicano generales del partido monárquico moderado«.

2.

EN LA historia de la humanidad existe un maniqueísmo inmanente que suele manifestarse a la luz del día en conflictos de grandeza épica. Uno de tales es el que opuso a las dos mentalidades más poderosas en el seno de la Internacional. Dejo a mis auditores el trabajo de averiguar cuáles de sus doctrinas contribuyeron en mayor o menor grado a la emancipación de las clases trabajadoras o a postergar para un futuro indefinido la realización de todas nuestras aspiraciones de justicia y libertad.

Julio-agosto de 1964.